

El gran retratista mundano que adoraba a Velázquez

Desde niño mostró habilidad para el dibujo, y recibió lecciones del paisajista Carl Welsch y acudió a clases de pintura en la Academia de Bellas Artes de Florencia. En París, se formó con Carolus-Duran y, en 1879, viajó a Madrid, donde frecuentó el Museo del Prado para hacer copias de sus obras **ALICIA VALLINA**

ESTE AÑO se conmemora el centenario del fallecimiento de uno de los pintores de ascendencia estadounidense más relevantes de la contemporaneidad. No en vano, y a pesar de que nunca residió en los Estados Unidos y de su formación en la pintura europea, y especialmente en la francesa, siempre tuvo un singular reconocimiento en su país de origen, donde, hoy en día, se encuentra la mayor parte de su obra. Estamos hablando de John Singer Sargent, destacado y prolífico retratista nacido en Florencia el 12 de enero de 1856, en el seno de una familia adinerada. Su padre, Fitz William Sargent, había ejercido como cirujano ocular en el

hospital Wills Eye de Filadelfia, pero después del fallecimiento de su primogénita con apenas dos años de edad, su esposa Mary sufrió una depresión que hizo que el matrimonio decidiera viajar a Europa para escapar de los recuerdos que les aprisionaban. De hecho, Sargent nació en Florencia de manera casual, durante una visita de sus padres a la ciudad italiana. Poco tiempo después vendrían al mundo sus hermanas Emily y Violet, que se convertirían en herederas de su patrimonio, y donarían buena parte de su obra a museos e instituciones del Reino Unido y Estados Unidos.

John siempre fue un mal estudiante al que le interesaba más la contem-->



Clavel, lirio, lirio, rosa, 1885-86, óleo sobre tela, 170 x 153,7 cm, Londres, Tate Britain.

plación de la naturaleza que los libros. Ya desde niño mostró una gran habilidad para el dibujo y su madre, aficionada a la pintura, siempre le animó a desarrollar esta destreza con pasión y entusiasmo. Comenzó a recibir sus primeras lecciones artísticas del paisajista alemán afincado en Florencia Carl Welsch, además de asistir con asiduidad a clases de pintura en la Academia de Bellas Artes de la ciudad italiana, por lo que ya desde muy joven tuvo conocimiento de la obra de los grandes artistas italianos del Renacimiento, admirando profundamente la paleta del Veronés, a Tintoretto y, sobre todo, las composiciones de Tiziano.

EN EL TALLER DE CAROLUS-DURAN
Con apenas dieciocho años, Sargent se trasladó a París y comenzó a asistir a las clases que impartía en su taller Carolus-Duran, un gran retratista francés que sería también maestro del pintor catalán Ramon Casas. Durante los cinco años que permaneció con su maestro, de 1874 a 1879, Sargent llegó a retratarle en una composición de delicados trazos con dedicación incluida. En esta obra, hoy conservada en el Instituto de Arte Clark de la localidad de Williamstown (Massachusetts), Sargent presenta a Duran como un auténtico dandi, posando con ropa elegante y el distintivo en su

solapa de la Legión de Honor de Francia, que obtuvo por su contribución al desarrollo de las artes.

A Sargent poco o nada le quedaba ya por aprender de Carolus-Duran, quien siempre le había insistido que copiara a Velázquez incansablemente, por lo que nuestro protagonista decidió trasladarse a España. Su primer viaje a Madrid lo realizó entre mediados de octubre y mediados de diciembre de 1879, fechas en las que su nombre aparece en el libro de copistas del Museo del Prado, con una clara referencia a la realización de una reproducción de *Las meninas*. En ella ya se aprecia una magistral disposición de los personajes y un perfecto empleo de la luz, que poco después desarrollaría con enorme acierto en el retrato familiar *Las hijas de Edward Darley Boit* (1882, Museo de Bellas Artes de Boston), un encargo de este cos-

mopolita y excéntrico estadounidense a quien Sargent conoció en París. En el Prado realizó también copias de *Las hilanderas*, *La fragua de Vulcano*, la *Cabeza de Esopo* y los retratos de *Felipe IV* y *El príncipe Baltasar Carlos* del pintor sevillano.

Impresionado como estaba por España, viajó a Sevilla, Granada y Ronda, y se dejó conquistar por el flamenco, los trajes de faralaes y las tascas de paredes encaladas. De este periplo por Andalucía –y también por Marruecos–, Sargent realizó un estudio preparatorio de la bailaora protagonista de su obra *El jaleo* (1882), pintada ya en París, con la que obtuvo un gran éxito en el Salón de la capital del Sena. Este cuadro, que pertenece al Museo Isabella Stewart Gardner de Boston, representa una escena en la que una gitana baila acompañada por un→

FORTUNA CRÍTICA

Las opiniones sobre los artistas y sus obras cambian con el tiempo, influenciadas por los gustos y las preocupaciones de cada generación. En el caso de John Singer Sargent, su carrera estuvo marcada por diversas controversias, que incluyeron dudas sobre su destreza técnica, la diversidad de su clientela y su falta de vinculación con una escuela pictórica concreta.

A pesar del escándalo que provocó *Madame X* en el Salón parisino de 1884, Sargent no fue un artista que buscara deliberadamente la polémica; su carácter no era amigo de grandes titulares. Superó aquel momento delicado –que, paradójicamente, marcó el inicio de su ascenso– y, lejos de apartarse del retrato, construyó una sólida reputación como retratista de la alta sociedad británica y estadounidense. No obstante, el reconocimiento que alcanzó gracias a sus imágenes del lujo y las aspiraciones de la sociedad de la *Belle Époque*, unido a su condición de expatriado, generó también críticas, que contrastaban con quienes destacaban su capacidad para captar de forma directa e inmediata la realidad de su tiempo.

Tras su traslado a Londres, inicialmente se puso el foco en su vinculación con la escuela francesa. La audacia y virtuosismo de su técnica –resultado de su formación con Carolus-Duran en París– fueron recibidos con recelo por parte de la crítica británica, que veía en su obra una inclinación por el efectismo en detrimento de la profundidad. Así lo expresó Harry Quilter, crítico de *The Spectator*, tras la exposición de *Las señoritas Vickers* (1884) en la Royal Academy en 1886: “Parece que [Sargent] nunca sintió que hubiera nada más en el sujeto de su obra que una buena oportunidad para demostrar el poder del pintor”. Otros, sin embargo, elogiaron su dominio técnico y su actualización de los modelos de Velázquez o Gainsborough en el retrato contemporáneo. Entre los propios artistas, las opiniones también se dividieron. Mientras Edward Burne-Jones afirmaba en 1896 que sus pinceladas “son todo lo que odio en la ejecución, y el color es a menudo horrible –y no tiene ni el más mínimo destello de imaginación–”, Auguste Rodin lo proclamaba en 1902 “el Van Dyck de nuestra época”. A pesar de la disparidad de juicios, Sargent consiguió el favor de un amplio sector de la crítica y,→

Las señoritas Vickers, 1884, óleo sobre lienzo, 166,7 x 212,2 cm, Sheffield, Patronato de Museos.



De izquierda a derecha, **Eugenia Errázuriz, esposa de José Tomás Errázuriz**, h. 1905, carboncillo, 61 x 47 cm, colección particular, y **Las hijas de Edward Darley Boit**, 1882, óleo sobre lienzo, 221,9 x 222,5 cm, Museo de Bellas Artes de Boston. Todas las obras del artículo, por John Singer Sargent.



grupo de guitarristas, y en la que el contraste tonal de luces y sombras genera un singular dramatismo y un embrujador misterio (ver pp. 24-25).

El viaje a nuestro país marcó a Sargent para siempre, y su conocimiento de Velázquez impregnó su pintura, especialmente en el tratamiento de la luz y en las actitudes de sus personajes, que se muestran siempre en composiciones equilibradas. Pero además de admirar al genio español, Carolus-Duran le había recomendado estudiar la obra de Frans Hals, uno de los pintores neerlandeses más relevantes del siglo XVII. Por esta razón, y antes de regresar a París, viajó a Haarlem en el verano de 1880 y se empapó de su obra, aunque también se dejaría

De izquierda a derecha, **Chica de Capri en el tejado**, 1878, óleo sobre lienzo, 50,8 x 63,5 cm, Bentonville (Arkansas), Museo de Arte Americano Crystal Bridges, pintura en la que aparece Rosina Ferrara bailando la *tarantela*, y antecedente de *El jaleo*, e **Isabella Stewart Gardner**, 1888, óleo sobre lienzo, 190 x 80 cm, Boston, Museo Isabella Stewart Gardner.

impresionar por la pintura de escenas costumbristas durante sus numerosos viajes por Italia, especialmente en el transcurso de sus estancias en Venecia.

ENCARGO DE RETRATOS

Sargent comenzó entonces a relacionarse con la alta sociedad parisina de la época y a recibir encargos de retratos. Poseía una gran habilidad para caracterizar psicológicamente a los protagonistas, además de un excelente manejo del dibujo y de grandes dotes para la composición y distribución de la luz en

el conjunto del lienzo. De este modo, pintó a grandes damas como Amalia Errázuriz y Urmeneta y a Eugenia Huici de Errázuriz, cuadros que presentó en el Salón de París. Sin embargo, el retrato de Virginie Avegno Gautreau, que pasaría a la historia como *Madame X* (1883-85, Nueva York, Museo Metropolitano), que el pintor solicitó realizar a la propia retratada, le ocasionó unas críticas tan feroces que terminaría por dejar París y trasladar su taller a Londres. Madame Gautreau era una joven nacida en Luisiana casa-



da con el banquero Pierre Gautreau, famosa por su singular belleza. Sargent la representó en un formato de grandes dimensiones, de modo sensual, con un vestido ceñido de raso negro y tirantes de piedras preciosas sobre el que resaltaba la palidez de su delicada piel (ver p. 39). Erróneamente, Sargent pensó que este retrato le reportaría críticas positivas y le proporcionaría un buen número de encargos, algo que nunca sucedió, por lo que, en 1886, decidió trasladarse a Londres. Allí continuó su labor como retratista, aunque en un primer momento fuera criticado por pintar “al modo francés”.

Influenciado por su amigo Monet, intercaló el género del retrato con composiciones al aire libre y obras→



Essie, Ruby y Ferdinand Wertheimer, 1902, óleo sobre lienzo, 161,3 x 193,7 cm, Londres, Tate Britain.

sobre todo, de la clientela, convirtiéndose en la década de 1890 en el principal retratista estadounidense a ambos lados del Atlántico. Su carácter cosmopolita, y en especial su relación con Estados Unidos, fue otra cuestión debatida a principios del siglo XX, en el momento culminante de su carrera. A pesar de su formación francesa y sus referencias a la tradición británica, críticos estadounidenses como Christian Brinton veían en el distanciamiento emocional de su obra un rasgo típicamente norteamericano. Al mismo tiempo, la crítica británica más conservadora –que ya lo consideraba un referente de los códigos de representación de la clase aristocrática– recelaba de su creciente presencia en el mercado estadounidense, tanto por las tensiones imperialistas entre ambas naciones como por su rechazo hacia las nuevas élites industriales estadounidenses que empezaron a hacerle encargos.

El creciente antisemitismo de la época también condicionó la recepción de algunas de sus obras. En Londres, la exposición de los retratos que Sargent realizó del marchante judío Asher Wertheimer y su familia fue recibida con numerosos comentarios negativos y caricaturas satíricas burlándose del estatus de inmigrantes de los retratados. En contraste, críticos como Robert Ross se deshicieron en elogios con el conjunto, llegando a comparar el retrato del patriarca Wertheimer con el *Inocencio X* de Velázquez.

Paradójicamente, años más tarde fueron las élites judías de Boston quienes protestaron ante los murales de asunto religioso que el artista realizó para la Biblioteca Pública de la ciudad, que incluyen una imagen de la “Sinagoga” que fue interpretada como un ataque a la religión hebrea, por lo que llegó a ser vandalizada en 1920. Este enorme proyecto, creado con la intención de que se convirtiera en su principal legado artístico en Estados Unidos, fue quizá el que tuvo –y sigue teniendo– una recepción más desigual, con personalidades como Bernard Berenson llegando a afirmar que en ellos Sargent había fracasado completamente como decorador.

Con la irrupción de las vanguardias y el impacto de la Primera Guerra Mundial, los gustos cambiaron y los retratos de sociedad empezaron a perder vigencia. Tras la muerte de Sargent en 1925, el anacronismo de su obra –señalado ya por algunos contemporáneos en vida del pintor–, se volvió más visible frente a la popularidad de artistas como Matisse,→

DOSIER

Carolus-Duran, 1879, óleo sobre lienzo, 116,8 x 95,9 cm, Williamstown (Massachusetts), Instituto de Arte Clark.

de corte impresionista durante sus estancias en Giverny o en la campaña inglesa. Entre 1885 y 1886 realizó *Clavel, lirio, lirio, rosa*, su primer gran éxito en la Royal Academy. Posteriormente viajó a Estados Unidos, donde recibió encargos de los más importantes hombres y mujeres del mundo del arte y de las finanzas, hasta que terminó por forjar una sólida relación de amistad con la mecenas Isabella Stewart Gardner, a la que retrató en 1888. Llegó a inmortalizar con sus pinceles a los presidentes Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson y al magnate John D. Rockefeller, y realizó una serie de retratos del famoso escritor escocés Robert Louis Stevenson.

La fama de Sargent no hacía más que crecer, al igual que se intensificaban sus viajes por Europa. Visitó España en muchas ocasiones y mantuvo relaciones de amistad con Joaquín Sorolla, Aureliano de Beruete y con intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza como Manuel Bartolomé Cossío o Giner de los Ríos. Criticó con dureza el arte de las primeras vanguardias y defendió siempre, y por encima de todo, a los grandes de la pintura universal como Velázquez, Tiziano y, durante sus últimos años, al Greco, quizá alentado por Cossío, que en 1908 publicó una biografía del cretense y fue el gran impulsor de su revalorización durante el siglo XX.

Sargent fue, sin duda, uno de los grandes retratistas de su tiempo, pero sus trabajos no solo se reducen a este género, sino que también realizó pinturas murales de relevancia, como las de la Biblioteca Pública de Boston –la primera de este tipo fundada en los Estados Unidos–, que bajo el título *El Triunfo de la Religión* tardaría veintinueve años en concluir. Tras su fallecimiento, ocurrido en Londres el 14 de abril de 1925, su obra pasó a ser muy cotizada, y hoy en día es uno de los artistas más reconocidos de su generación. Un retratista tremendamente exitoso, a pesar de que, como él mismo afirmaba con ironía, cada vez que hacía un retrato perdía a un amigo. 🇺🇸



Alfred, hijo de Asher Wertheimer, h. 1901, óleo sobre lienzo, 163 x 1155 cm, Londres, Tate Britain.

Miró o Picasso. Críticos cercanos a las nuevas tendencias cimentaron esta visión negativa de su obra. Uno de los más duros fue Roger Fry, miembro del grupo de Bloomsbury, quien ya en 1905 calificó las acuarelas venecianas de Sargent como meras estampas turísticas de las clases adineradas, carentes de personalidad. Fry, que jugó un papel clave en la promoción de los posimpresionistas en el Reino Unido, siguió cuestionando su valor artístico durante los años veinte. Ante la exposición retrospectiva de Sargent celebrada en Londres en 1926, escribió: “Realmente maravilloso, pero lo más maravilloso es que esta maravillosa actuación haya sido confundida con la de un artista”. El deterioro de la popularidad de Sargent se prolongó durante décadas, pero a finales del siglo XX, una serie de importantes muestras y el inicio de la publicación del catálogo razonado de su obra, permitieron revisitar su trabajo desde nuevas perspectivas. Los años ochenta conectaron especialmente bien con la extravagancia y expresividad de sus retratos, y críticos como Robert Hughes equipararon el culto al “poderío masculino y la belleza femenina” de dicha época a los exhibidos por sus modelos. En los últimos años, exposiciones como *Retratos de amigos y artistas* (2015), *Sargent y España* (2022) o *Sargent y la moda* (2023) han revelado facetas menos conocidas de su producción, pero también han reavivado debates sobre la reducción de su obra a un mero virtuosismo superficial. Lo que queda claro es que, aun hoy, su obra sigue provocando tanto admiración como preguntas incómodas, prueba de su vigencia y complejidad. 🇪🇸 Ana Muñoz Martín